

parece su pelo,
y sus labios de rojos carmines
promesas de fuego.
¡Qué fragancias de ricos aromas
reparte su pecho!

Son seráficos cantos de coro
sus cálidos besos;
y la brisa peinaba mimosa
su largo cabello.

¡Qué dulzura de cuentos de hadas!
¡Qué derroche de amor en silencio
cuando toda su enhiesta figura
reclinaba celosa en mi pecho!

Un tropel de palomas y mirlos
posaron su vuelo
en las ramas gigantes y extrañas
de chopos y fresnos;
que rodean con mágicas copas
mi viejo aposento
y su trino de plata y de oro
se oyó en el silencio.

Deshízose el hechizo de las notas
rompiéndose el embrujo de los sueños
y todos los encantos de la noche
cayeron moribundos por el suelo.

HACIENDO MEMORIA

Yo hablé con los reyes



AY quien se disgusta cuando, metido en la cama, no consigue conciliar el sueño. Nosotros, quizá por ese adagio que dice: «El que mucho duerme poco vive» o, quien sabe, si pensando lo cuesta arriba de años en que ya estamos metidos, somos un poco contrarios a los de la desazón y, la mayoría de las veces, porque tampoco es siempre, cuando tenemos unas horas de insomnio en el lecho procuramos vivirlas recordando, entre el silencio y la obscuridad, esa multitud de cosas que suceden durante toda una vida y que nos pasaron hace unos años, unos meses o solamente unos días.

Incluso aseguraríamos que recordamos mejor los sucedidos antiguos que los más cercanos y ¡es tan agradable volver a la niñez o a los años mozos...!

Ahora, con motivo de la nueva Ley Orgánica del Estado en vigor y sus posibles consecuencias de un futuro Reinado, vienen a nuestra mente dos episodios que nos pasaron en la infancia y que vamos a relatar.

* * *

El primero fue en el parque zoológico de Madrid adonde, acompañado de unos familiares, habíamos ido en plan de pasar la tarde y también como curiosidad de conocer el nuevo inquilino: un enorme Tigre de Bengala que acababa de llegar y cuya adquisición se debía a un magnate indio gran amigo de España. El anuncio del terrible felino en el Zoo atrajo a mucha gente y, cuando yo estaba metido entre el barullo y pegado a la jaula de la fiera noté que las personas mayores se retiraban y que nos quedábamos solos los cuatro o cinco niños que coincidíamos allí. Pero no fue así porque, seguidamente, la mano de una mujer muy elegante me acariciaba la cabeza al tiempo que me preguntaba:

—Dime, ¿te gustan estas fieras tan grandes?

Levanté mis ojos y miré la cara de la señora que me hablaba. Estaba vestida de blanco, tenía sombrero del mismo color y un abanico precioso. Balbucí unas palabras y, más bien, contesté afirmativamente moviendo la cabeza.

No pasó más, pero cuando corrí en dirección de los míos, que habían sido alejados por las autoridades observé que se sonreían y me informaban:

—Pero ¿no te has dado cuenta?

—Yo ¿de qué?

—Pues de que, la que te acariciaba, era la Reina Victoria Eugenia.

—Así olía de bien —contesté y encogiéndome de hombros me fui a ver la jaula de los monos.

* * *

El segundo fue en la Moncloa, el bello parque también de Madrid. Una dolencia en mi pierna izquierda por fractura de fémur con principios de tumor blanco, me llevaba a diario a aquella hermosa zona verde para tomar baños de sol.

Un mediodía y a muy pocos metros de donde yo estaba echado, con mi cuerpecito infantil al aire libre recibiendo los rayos solares, se paró de repente un jinete, muy distinguido, que montaba un brioso corcel. La causa no era otra que la de que, el animal, había dado un mal paso y del casco de una de sus patas se salía un trozo de herradura que debió romperse en el tropezón.

El señor se bajó «ipso facto» del caballo, empezó a acariciarlo y a estudiar las consecuencias que podrían traer, de seguir cabalgando sobre él.

A mí me faltó tiempo para levantarme, de mi improvisado lecho sobre la hierba y acercarme al recién llegado, el cual, al verme junto a él y con mi desgracia tan visible, me acarició y poniéndome una mano sobre el hombro me dijo:

—Ya ves, si a «fulanito» (aquí el nombre del caballo que no recuerdo) no le atendemos en seguida y con mucho cuidado, se quedaría cojito como tú.

—¿Y tendría que tomar baños de sol? — pregunté inocentemente.

—Claro que sí, para ponerse bueno del todo.

No pudimos seguir hablando más porque, por todos lados, empezaron a llegar jinetes y personas uniformadas, y etc.

Igualmente llegaba también, todo emocionado, el que cuidaba de mí para decirme sus primeras palabras entrecortadas:

—Pero si es ¡el Rey! el Rey Alfonso XIII con el que has estado hablando.

* * *

Para que luego digan que no tiene uno buenas amistades.

LUIS MONTALBAN

CreCIMIENTO

Excmo. Sr.: Don Antonio Oliveira Salazar, Presidente del Consejo de Ministros de Portugal. Lisboa.

Aquí junto a las piedras de la Augusta Emérita, en esta parte de la Lusitania afincada en tierras de España; la voz de Roma se oye en el corazón con latido de sangre. Nos sentimos latinos: somos romanos.

Políticamente, fui Legionario de España en 1930. Nacionalista, para tener una bandera de referencia, pero con el desbordamiento universal, sin fronteras, que postula «lo hispánico». Por algo dijo Séneca, Maestro de la Sabiduría de las Españas, «No nací para un rincón, mi patria es el universo Mundo».

He defendido en 1934, el sentido romano y cristiano de nuestra Tradición y en esta línea de fidelidad a Roma, madre de las Españas, he permanecido hasta hoy. Soy propagandista de una Idea de Romanidad Cristiana, informante del Destino de la Hispanidad. Fundé la Asociación de Amigos de Guadalupe, sobre un vértice de religiosidad hispánica que tuvo en la Batalla del Salado testimonio de fidelidad histórica hispanolusitana y hoy gestiono la creación de la Asociación Cultural Internacional «Amigos de Séneca», sobre un vértice de humanidad hispánica, obediente al mandato de muerte. Desde un principio he defendido, que es *destino de Extremadura el laborar por el acercamiento de España y Portugal*, razón de Hispa-Lus; rama dormida de la Asociación de Amigos de Guadalupe.

Os considero Antonio Oliveira Salazar en vuestra firmeza política, como reducto humano de la Misión de Europa. Porque Europa es una Misión, no es un Mercado.

En Abril de 1941, dije desde aquí, desde Extremadura, que «Europa es un Imperio que tiende a la universalización de un Derecho de Ciudadanía» sin necesidad de añadir que este Imperio se extiende desde el Atlántico a los Urales, porque se sobre-entiende. Las Células Extremeñas Unificadoras Sociales, las Células Españolas Unificadoras Sociales, las Células Europeas Unificadoras Sociales, las